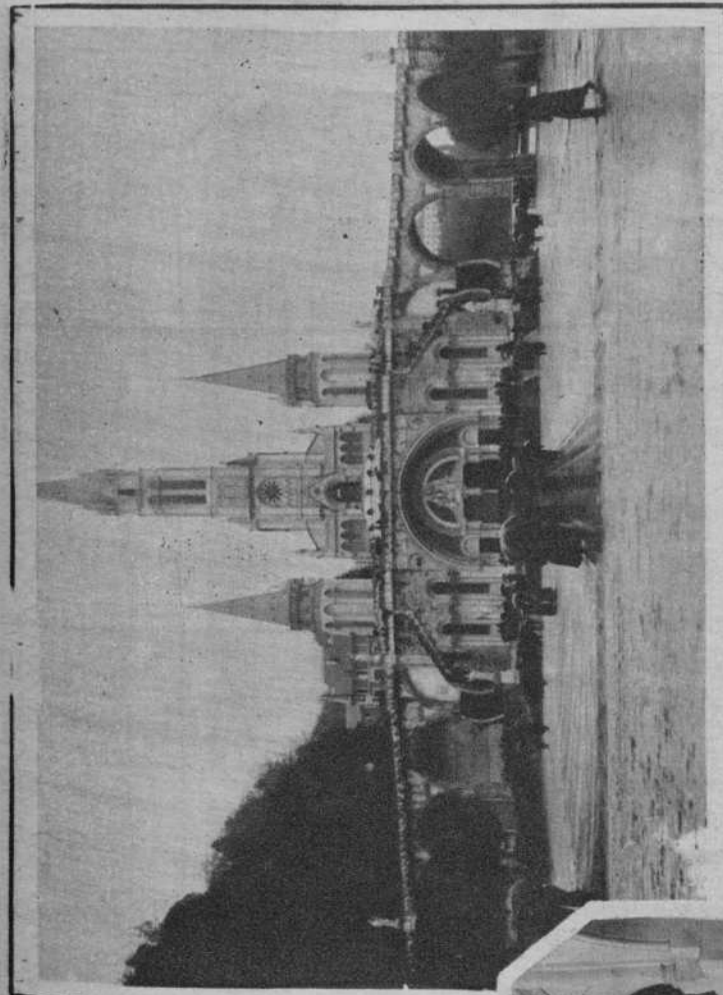


Lourdes, sede de prodigios, se ofrece al peregrino con el encanto de su religiosidad y de su magnificencia.



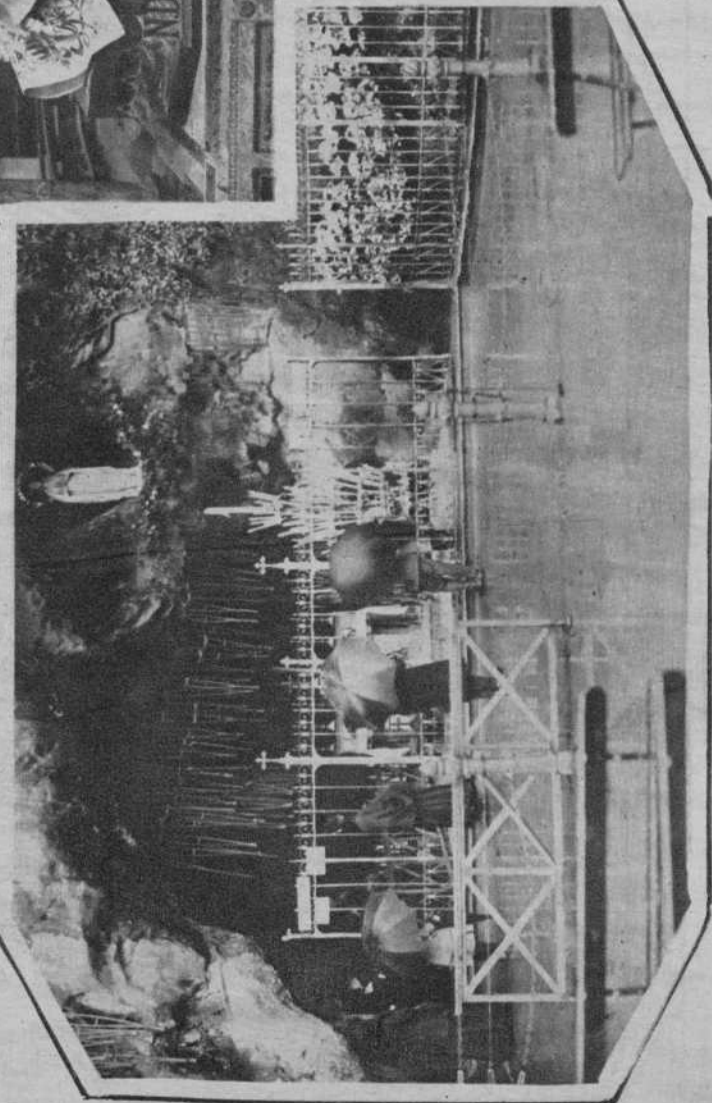
Nave central del templo.

La Basílica.

(Fotos Martín y Francani)



Imagen de la Virgen de Montserrat, en la Basílica.



La gruta de la Virgen

PAGINAS

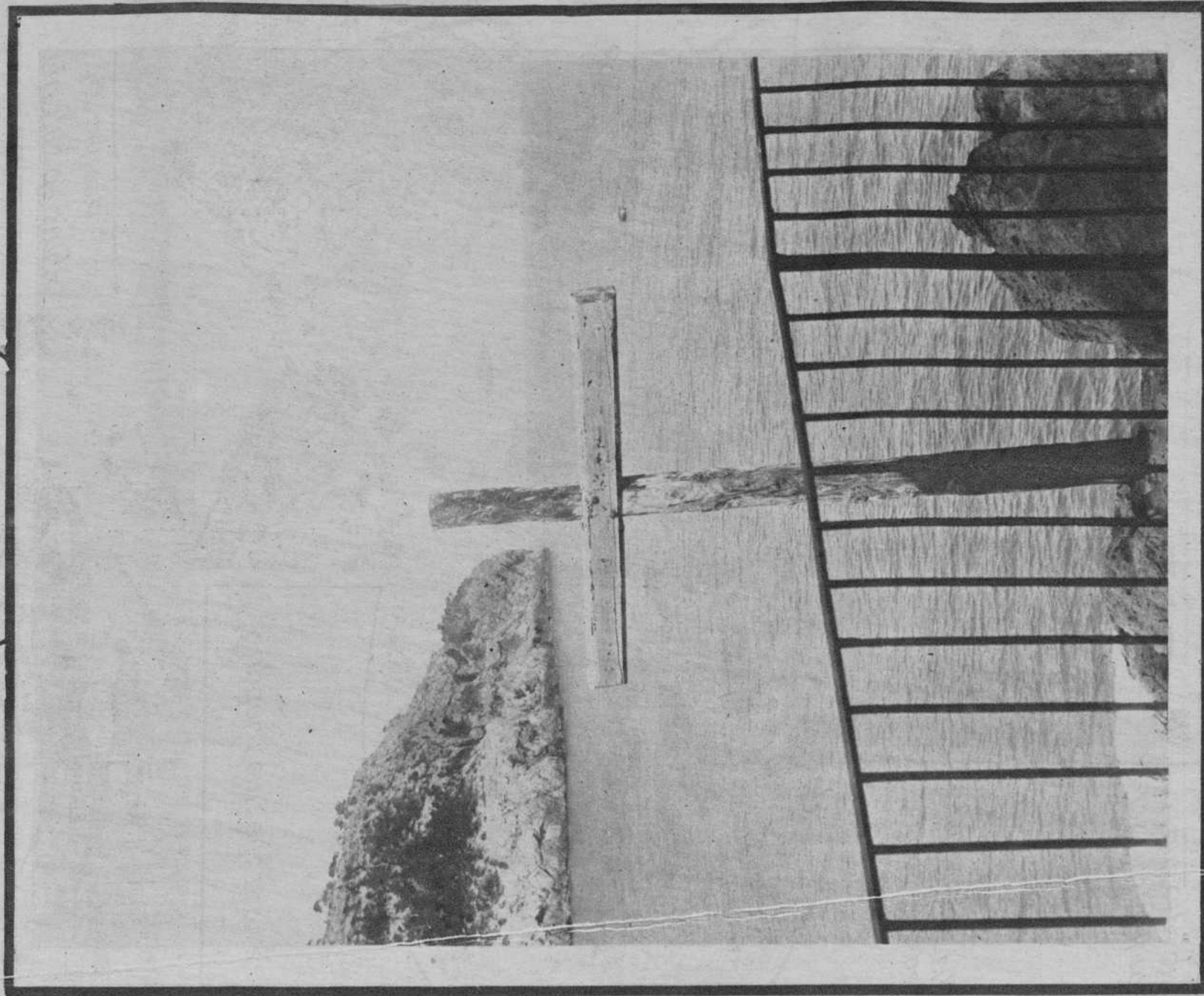
EXTRAORDINARIAS

DE

El Día Gráfico

NUM
1000

MARZO
11
1928



La típica Cruz, del Puerto de Soller

~ Foto Baños ~

PAGINAS INFANTILES

HISTORIA NATURAL EL GUANACO Y LA LLAMA

Los Andes del Perú y de Chile y la Patagonia, son la patria del guanaco, que se encuentra también en las islas que encierran el Estrecho de Magallanes.

El guanaco, que como la llama, la vicuña y la alpaca pertenece a la familia de los camélidos salvajes, forman generalmente rebatos que pastan tranquilamente la escasa hierba de aquellas regiones, que en algunos puntos no tienen para beber más que agua salada.

El guanaco, es un animal gallardo y ágil, que mide cerca de 1'20 de alzada y cubierto en un espeso pelaje lanoso de color leonado vivo, con la cabeza negra.

Los indios de la Tierra de Fuego lo cazan con ardor, pues, no sólo aprovechan su carne, sino que en su piel encuentran material suficiente para su indumentaria y sus cabadas.

Lo más curioso de este ruminante—dicen los naturalistas—, es que cuando se le ataca o molesta, se defiende escupiéndolo, lanzando con el salivazo parte de su alimento digerido.

La llama, que para los habitantes de los Andes vale tanto como el camello para el beduino de Arabia, se considera de



—¿No te da vergüenza venir sin un solo premio, cuando mi cerdo y mi vaca han sido premiados en un Certamen Agrícola?

rivada del guanaco, pero como casi todos los animales domésticos, de color muy variable.

Los antiguos peruanos, que fueron los que domesticaron a esta especie de mamífero, lo utilizaban como animal de carga y todavía se hace mucho uso de ella en los Andes del Perú y de Bolivia.

En tiempos en que aquellos países pertenecían a España, se empleaban unos tres-

cientos animales de esta clase para efectuar el acarreo de la plata de las famosas minas de Potosí.

En la actualidad, los indígenas «aymaras» de Bolivia son los que crían más llamas y los que mejor saben servirse de ellas; no las castigan, apenas las hablan y, sin embargo, a fuerza de paciencia y dulzura las dominan y adiestran de tal forma, que dos o tres hombres bastan para manejar un rebato de estas acémilas. No les ponen albarda, ni baste de ninguna clase, limitándose a echarles sobre el lomo un saco teniendo carga y atándoselo con una cuerda de lana que les da dos o tres vueltas al cuerpo.

El peso que generalmente se pone a cuenta, pues, si se la carga más de lo justo, se echan al suelo y no hay modo de hacerles levantar, contestando con silbidos, lo mismo que el guanaco, cuando se les maltrata.

La alpa, no es más que una variedad de la llama, de menos alzada y de lana mucho más larga y fina.

Estos ruminantes fueron encontrados ya en la domesticidad en poder de los peruanos por los conquistadores españoles. La alpaca que deriva del guanaco, se criaba y se sigue criando, solamente para obtener su lana, que es considerada como de mejor calidad, cuando procede de animales de tres o cuatro años.

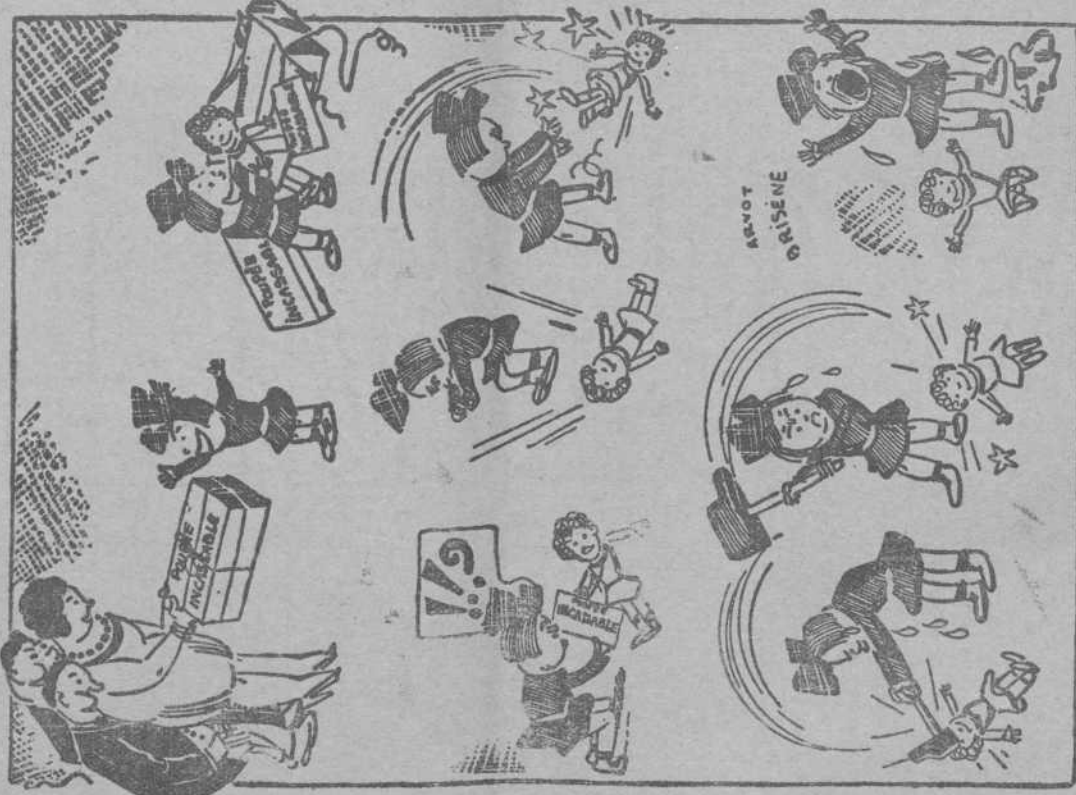
La capital del Departamento del Perú, es el principal centro exportador del fieltro de estos inofensivos mamíferos.

En cuanto a la vicuña, el más bonito de los camélidos, es mucho más pequeña que el guanaco, de formas esbeltas; su lana es muy fina y de un delicado color de canela.

Estos animales viven en las altas mesetas de los Andes, formando pequeñas manadas guiadas por un macho, que, al observar cualquier peligro, lanzan un especie de silbido a cuya señal huyen todas vevientemente.

Los indios de aquellas montañas, las cazan haciendo grandes ojcos y empujando a los asustados animales hacia un gran cercado hecho con cuerdas, y una vez encerrados, se las coge e inmoviliza con la boleadora, de arma típica de los pueblos indios y pampeanos, dándoles muerte para quitarles la piel, que son vendidas a muy buenos precios, por la estima que tienen en los mercados europeos.

B. J. N.



La tragedia de la muñeca irrompible...

detención ante un hotel... se imaginó el hotel; conocía muchos, elegiría uno. Se imaginó la habitación, el papel del muro, el mobiliario... Se imaginó a

la dama en aquélla... (La señora seguía tranquilamente su camino y Mr. Chenove conservaba la distancia de diez pasos. Se imaginó mimado, acariciado y vencido... Se imaginó el momento de depositar sobre el mármol de la chimenea el regalo, que sería preciso ofrecer... (La dama continuaba su camino.)

¡Ah! ¡Que bellísimas piernas! Chenove era en aquel momento un joven, y no estaba bien que fuera tan distanciado de la dama. Decidió aproximarse. Quería alcanzarla antes de llegar donde había demasiada luz. Buscaba para iniciar el ataque, una frase de moda, algo de muchacho, es decir, una frase que no fuera excesivamente fina. Por fin la abortió y comenzó así:

—Señora...

Se volvió la interpelada con asombro y Mr. Chenove oyó que decía:

—Pero. Eres tú, papá!... ¡No sabes el siglo que me has dado!

tura era natural, sin llevar refuerzos en los talones. Y si... dama terminaba bien, mejor comenzaban sus piernas.

En el cielo una nube rosa pasaba dulcemente al malva como la falda vaporosa de una bailarina en los batimientos de otros tiempos. La avenida se encontraba iluminada por una tenue luz natural y por la artificial, como una cara de mujer coloreada a la vez por los afeites y la sangre.

En ese crepúsculo incierto y turbador, la señora que remontaba los Campos Elíseos, sobre dos piernas de maravillosa armonía, era de una exquisita poesía; una poesía que despertó muy pronto en el espíritu de Mr. Chenove ideas de un realismo perfecto.

Sus ojos se detuvieron extasiados en las piernas, subieron, volvieron a detenerse, volvieron a subir... La señora, como decíamos, remontaba tranquilamente los Campos Elíseos. Mr. Chenove seguía detrás de ella, a unos diez pasos. Pensó en el abordaje, la conversación preliminar, un taxi, su

Era su hija, su hija mayor, la joven mamá.

Ésta continuó:

—¿De dónde sales? Hace un siglo que no nos vemos. No tenemos ni un minuto nuestro en este París. Fui por tu casa el otro día y encontré a mamá, pero a ti, no; naturalmente.

Si, hacía mucho tiempo que no se habían visto y él no conocía ni el traje, ni el sombrero de ella, y una mujer, en un mes cambia de traje y de sombrero y de medias...

Mr. Chenove volvió a pensar en aquellas medias que iban a su lado, y que no hubiera querido volver a mirar. Una gran vergüenza se le entró en el alma. Todas las imágenes de antes, le rodearon y lo asediaban, atormentándolo.

Ella hablaba. El no la oía, pensando en su emoción reciente.

—Ya he llegado papá. Bueno, adiós. Pero ¿no me abrazas?

—No—balbuceó él—no, no.

Y la dejó, casi corriendo.

Desde aquel momento Mr. Chenove se convirtió en un viejo, definitivamente.



FEDERICO SOLER (PITARRA)
EL POETA DE LA MULTITUD



Mientras todo Barcelona trabajaba heroicamente en medio del angustioso hacer y deshacer de las barricadas, una minoría se entregó a la titánica tarea de hacer renacer su parte espiritual. Esta minoría sólo podía ejercer su influencia, dentro las inteligencias más cultas, o las que supieran adivinar la trascendencia del esfuerzo. El pueblo no podía comprender el lenguaje de aquellas inteligencias superiores a él, si bien por intuición los respetaba. Pero esta minoría, al influir en aquellos seres de mayor instinto, crearon estos poetas hijos del pueblo, que hablando su mismo lenguaje, supieron expresar sus sentimientos de una manera popular, o más bien dicho, ambiciosa que era su patria como dice con admirable intuición nuestro Pitarra.

Seguía paso a paso la gran obra del maestro Pitarra. Sus medios son humanos, sencillos e incluso pueriles, prosaicos, infantiles en sus comienzos. Su buena fe e infantilismo, hacen sonreír a la minoría selecta y sus medios pueriles, causan indignación a los cotores del resurgimiento, mas el resultado espléndido de la obra de Pitarra y el tiempo de entusiasmo que despertó el fondo noble de su obra, hacen callar a sus contrarios; no hay duda, era el propagador más eficaz de la multitud, y hablaba su lenguaje.

Hijo de un ambiente casero, en éste ambiente se educó. Huérfano a los diez años, se acogió a él su tío materno, llamado Carlos Hubert, relojero, con establecimiento en la calle de Escudillers, frente a la de Gigaris. Este estaba casado con la hija del señor Garzon, también del mismo oficio. Este matrimonio acogió con cariño a su sobrino, y aunque por sus limitados medios, no pudieron pagar los estudios que este venía siguiendo bajo la dirección de don Fernando Cuesta, en su colegio que tenía establecido en una espaciosa casa, del patio de Llinona, al extremo de la calle de San Simplicio del Regomir, por resultar demasiado costosos, lo confiaron sin embargo, a un maestro de la calle de Gigaris, don Salvador Palmerola.

Acabados sus primeros estudios, emprendió el oficio de su tío, trabajando como aprendiz en casa de éste, y más tarde en la tienda del señor Artiga, establecido en la calle de la Unión. Murriendo tempranamente Carlos Hubert, pasó la tienda a don Gustavo Bergues, que la cedió más tarde a un pariente, don Avelino de las Casas, y en tonces de aprendiz, pasó Soler a oficial, distinguiéndose por su asiduidad e inteligencia. De dependiente pasó a comerciante contruyendo matrimonio con la hermana de su principal, doña Asonia.

En aquel modesto ambiente, hijo representativo Soler su primera producción dramática «La cinta carmesí», pieza de entredo, escrita en castellano, muy ingeniosa, que un concurrente chistoso, calificó oportunamente diciendo: «es obra de relojería».

Vino el periodo de la guerra de Africa (1858-60) y Soler, lleno de entusiasmo, hizo una obra de circunstancias «La butifarra de la librería». Esta tuvo un éxito delirante y en una de las representaciones, asistió don Gonzalo Serrallana, estudiante de Derecho, siendo desde entonces su amigo y su primer protector, presentándolo a sus amigos. Estos habían alquilado un quinto piso en la calle de Escudillers, donde celebraban certámenes humorísticos y ponían en escena, a puerta cerrada, comedias escabrosas. Formaban parte de la so-



rado Roure, Jaime Garriga, Vicente Almirall, Coll y Britapala, José Luis Pellicer, Reguet de Tortosa, un tal Vidal de Gaudes y otros a cual más calaveras. Aquello fué su introducción al mundo literario, pues le puso en contacto con aquella burocracia y alegre juventud, con ansias de retir tan excesivas, que parecía vengarse del ambiente de sus antepasados. Sus nuevos compañeros, parecía que no tenían otro ideal que el de pasar el rato, y cuando les presenté su obra «La butifarra de la librería», la hicieron de poca cosa, para su paladar ansioso de picantes. Entonces, Pitarra exagerando la nota, llenó sus anhelos con demasía. Esto le hizo popular entre la Peña.

El impulso estaba dado, y esto le abrió camino para asistir a todas las reuniones caseras de entonces. Su tienda de relojería, tan tranquila, se convirtió en una tertulia literaria y como decía muy bien José Fella y Codina, Soler tenía dos tiendas, una de relojería con vistas a la calle y otra de literato al fondo. En ésta había una mesa redonda con un plato y una jicara, que hacía las veces de tintero. De ésta salieron pensamientos chispeantes extraordinarios, y allí compuso la mayor parte de sus «Gatitas». Fué la primera, la revista del «Profeta», autografiada por Gonzalo Casas y con maticos de «Nyapuss» (Pellicer), siendo vendida por las calles y por los cafés por Almirall y el mismo Pellicer, disfrutando de trincheras.

Aunque fué de poco tiraje la edición, con ella empezó a popularizarse el nombre de Soler Pitarra. Su nominación se acrecentó con el estreno en el Odeón de «L'Esquella de la Torratxa», parodia de «La Campaña de la Almadama» que tuvo un gran éxito, representándose en todos los teatros de Barcelona y que acabó de divulgarse con la creación del semanario de este nombre, por el editor López, quien presentando las obras de Soler Pitarra, en forma popular, pudo hacer grandes tirajes. En seguida, llegó el otro éxito, el de los «Singsots» poéticos, también garbosamente ilustrados por «Nyapuss» (Pellicer). Sigue así desarrollándose y continúa la fecundidad de So-

ciudad el citado Gonzalo Serrallana, Conder, desarrollando su imaginación chispeante, y transcurriendo la primera etapa de la parte que podríamos llamar acrecentamiento de la popularidad de Soler, completamente identificada con el ambiente que le rodea.

Es en el estreno de «Las jotas de la Rosa» donde se empieza la obra positiva de Soler. Fué hacia el año 1865 en que Federico Soler huyendo del cólera, se hallaba en Hostalrich y allí escribió esta obra, con intento de hacerla estrenar por un grupo de aficionados. Esto no pudo ser, estropeándose más tarde en el Odeón, donde la sección de «La Gaita» después del estreno de «Los héroes y las grandezas» (1.º marzo 1866) quedó transformada en «Teatre Catalá». Después del éxito de «Las jotas de la Rosa», la existencia de nuestro teatro quedó asegurada, y los éxitos más tarde conseguidos por «La creu de la masía», «Les anes del mass» y «El ferret de talls acabam de consolidarlo. Es entonces, del año 73 al 75, cuando su personalidad se halla definida y reconocida por todo el mundo, y entonces también Soler alcanza su mayor triunfo en los Juegos Florales, llevándose todos los premios ordinarios y extraordinarios, alcanzando el título de «Mestre en gay saber». De esta manera respondió a sus detractores. La edición de su interesante tomo «Poesies catalanes» es un éxito del íbera. Soler ha ganado la partida. Ha ensalzado como quería a su tierra y ésta se ve honrada en su personalidad, al conceder a su obra «Batalla de reines» el premio de la Reina Regente, otorgado por la Academia Española a la mejor obra dramática, escrita durante la temporada.

Nada en el porvenir podrá oscurecer su legítima gloria, la de despertar el entusiasmo, la de hacer salir de su ambiente mediocre a la multitud, y de que que en su lucha con el astro naciente, el gran Gaudí, pierda. Esto no tiene importancia. Su misión está cumplida y el pueblo así lo comprendió, y por esto su muerte fué sentida y Pitarra exultado.

JOAQUIN BAS GICH

LOS ACROBATAS «VOLANTES»

Es lo más frecuente que los acrobatas se transmitan la profesión de padres a hijos; no porque la herencia sea favorable, sino porque crecer en medio de esta sociedad de funámbulos, les da gran placer a los niños. Hay que añadir a esto, y por parte de los padres, una especie de orgullo de raza y el amor a la tradición.

Los muchachos han oído en sus años de ilusiones el llamamiento del arte gimnástico. Vocación que les ha llevado a las Sociedades gimnásticas locales, salas en donde suele haber acrobatas entrenándose. Luego, adolescentes, han querido tomar parte en una fiesta gimnástica, realizar un número cualquiera, pensando en el porvenir que ello pudiera encerrar.

A los gimnastas se les ve casarse pronto. A menudo se desposan con niñas de 17 años, llevados del deseo, instintivo o razonado, de formar la «troupe» familiar. Conozco gimnastas de profesión que pusieron como condición de su matrimonio el compromiso, por parte de la mujer, de aprender su arte y compartir con ellos las penas y los triunfos.

Entre los acrobatas hay una especie de aristocracia: la de los «voladores», aquellos que junto al techo del circo trabajan en los trapecios y os dan el calorito de peligro. Estos acrobatas son muy buscados, no solo porque su arte resulta más difícil que el de los otros acrobatas, sino porque son menos numerosos. Efectivamente, no hay en toda Europa más alta de diez «familias» de «voladores». Mas de la mitad de ellos son franceses y especialmente parisienses. ¿Quién podría explicar esta propensión de los franceses a dar volteretas en el trapecio?

Estos acrobatas raramente aparecen con talla gigantesca: son de una estatura mediana, pero tienen músculos de acero. Antes de llegar al trapecio, han debido aprender todo el arte acrobático que se hace en tierra; hasta los diez y seis años no han hecho sino practicar todos los ejercicios de flexibilidad. Colgados de cuerdas que los tienen suspendidos por el tallo, como si fuese anillos de cornisa, se les va enseñando poco a poco y daría mente los «flie-flav», los «redondos» que los hacen jirar en ala de molino, las «velas de ríñones», que les permitirían tocar los talones con las orejas...

No creas, lector, a quienes hablan de piernas retorcidas y de brazos dislocados por padres indignos. Eso es la puertillanuela del circo.

A veces, en una especie de cochera que hay en Billancourt, se ve una banda de

«volantes» que aprovechan un intermedio entre dos contratas, o entre dos viajes, para entrenarse, o bien para ensayar un número nuevo, o bien para mantener flexibles los músculos, cuando no para poner a punto un número desorganizado por la enfermedad o la desaparición de uno de los componentes de la «troupe».

El suelo está cubierto por una espesa capa de serrín muy fino. Los trapecios penden apenas a la altura de un hombre. Los gimnastas van vestidos con trajes de baño. Aquí toda «fortuna», todo adorno han desaparecido. La belleza del esfuerzo y de la forma se bastan a sí mismos, sin que necesiten ni los colores, ni la música, ni el público, para mostrarse con todo esplendor. Los gimnastas hablan poco.

El director explica toda una aritmética de «balances» y de «tiempos». Lanza los trapecios vacíos y coordina sus oscilaciones para que el volador que ha dejado la barra de su trapecio en el punto muerto sepa que tiene la otra al alcance de su mano.

Hechos aquí que vuelan ligeros, que van y vienen, pivotean, se entrecruzan, hacen «piernas cruzadas», «sirenas», saltos mortales, todo lo que han ido aprendiendo cada día, interponiendo con caídas en el serrín, en donde se hundían sus manos; sus ejercicios los perfeccionan paciente mente, tenazmente, durante meses, todas las mañanas, hasta que llegan a tener esa seguridad de movimientos, esa insensibilidad de los nervios y esa bella flexibilidad que hace de su más pequeño salto un impulso de arte. Esos movimientos fundamentales constituyen las notas sobre las cuales trabajan los acrobatas, y éstos crean con ellas combinaciones variadas que constituyen el número nuevo y sensacional.

La parte más minuciosa del trabajo está en esa cadencia de los trapecios. Cada hombre tiene, como ellos dicen, «su tiempo». Ahora bien, es preciso que la «troupe» vaya toda de acuerdo a un mismo tiempo, que uniforme su armonía de movimientos y que cada ritmo individual esté sometido por completo al ritmo general del «número» que se realiza. Cuando los gimnastas llegan a esto, comienzan por entrenarse para partir de su respectivo sitio al mismo tiempo, y cada cual opera sin preocuparse del vecino, porque el trapecio debe estar siempre a punto en cada lugar, al alcance de la mano que lo necesita, cual si se tratase de un mecanismo bien montado. Cuando tienen la práctica del ejercicio podrían poseer un saco a cada espalda, y lo mismo saltar

claro y limpio el juego volante. El truco del saco es sólo para la galería.

Todos los gimnastas tienen gran cuidado de la línea, de la elegancia de su actitud, y se preocupan por realizar en el espectáculo una silueta fogaz, pero cuyo encanto quede prendido en los ojos de los espectadores. Por eso cuando ensayan se corrigen mutuamente con toda escrupulosidad. Asimismo, cuidan mucho de borrar los movimientos demasiado brutales o inelegantes, o las contorsiones sin gracia. De este modo, a la fuerza de su labor, unen siempre una observación atenta y detallada en los menores movimientos. Con ello concluyen porque este finura de actitudes y movimientos sea en ellos habitual.

Su aspecto escultural, esa belleza de alto relieve viviente, acaba por ser en ellos cosa natural, como lo es asimismo ese modo de disfranzar el esfuerzo que exigen sus ejercicios más poligrasos, gracias a lo cual éstos aparecen con una facilidad elegante que diríase escapa a toda luz física.

Cuando los gimnastas están allí arriba vestidos con sus trajes de rosa, iluminados por las proyecciones eléctricas, no piensan en el abismo que tienen a sus pies. El ritmo de sus corazones no es más acelerado que el tranquilo balanceo del trapecio superior en donde la joven artista que hace los intermedios para dejar descansar a los voladores, deja caer alrededor de su cuerpo las plumas rosadas que se adornan, para parecer sutil y aérea den romperse el cuello o desarticularse como un pájaro.

¿No está la red?—preguntaréis. No, no es la red lo que vuelve a los gimnastas tan tranquilos. Por poca altura de que caigan sobre las mallas, de cabeza, o encogidos volteando, lo mismo pueden clavicular.

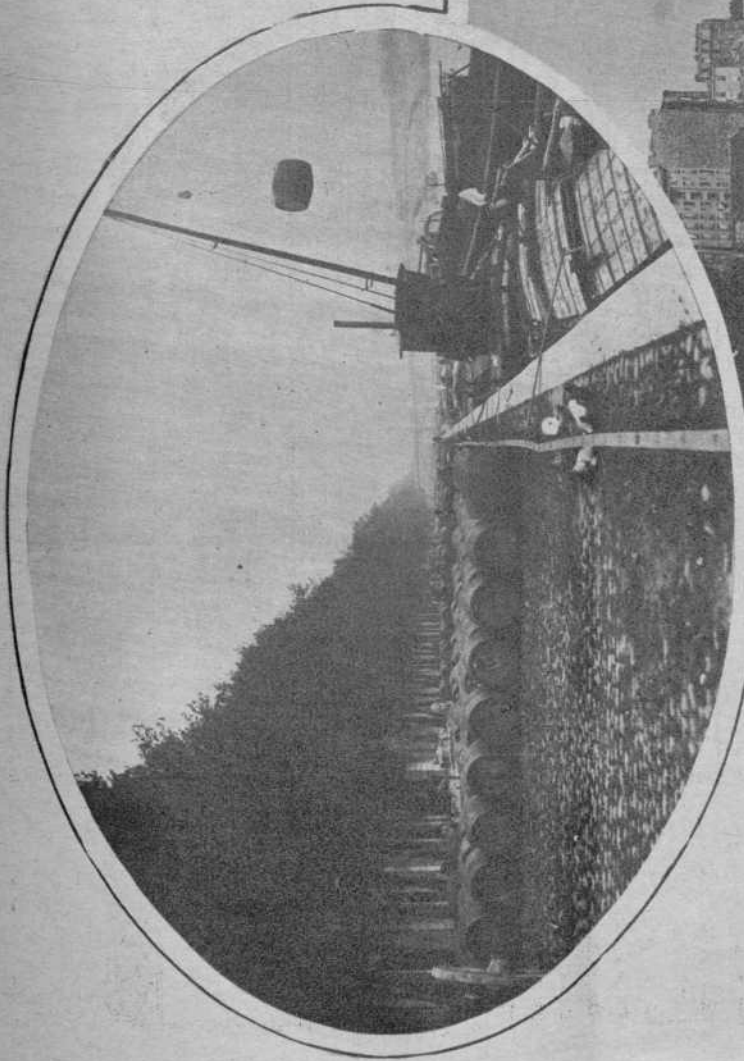
Si están tranquilos es porque están seguros de sí mismos. Cualquiera que sea el «número» que realicen, las combinaciones de pases, la cantidad de trapecios que empleen para buscar la originalidad, cuando suben los gimnastas por la escala de cuerdas, no tienen sombra de ansiedad ni de trase nervioso. Se presentan al público perfectamente dominadores del trabajo, y en plena indiferencia.

Dos metros de la arena o diez metros, junto a la techumbre, para ellos es la misma cosa. Si colgases su trapecio de las estrellas, tampoco harían diferencia alguna.

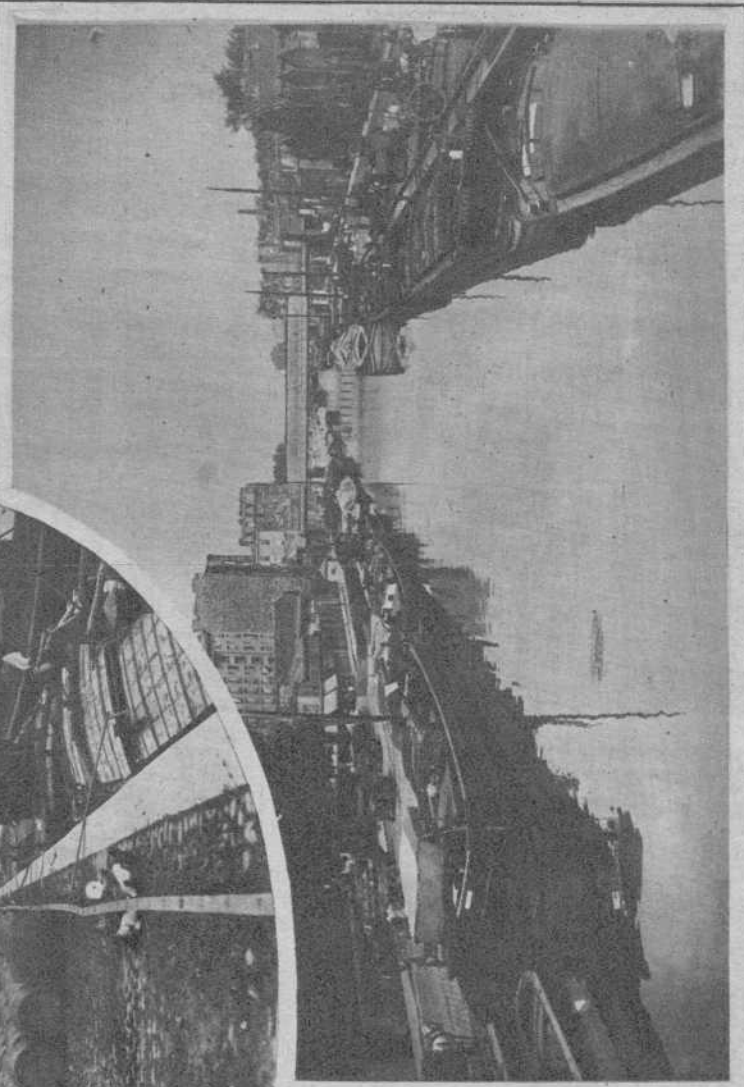
EMILIO CONDROYER

Paris tiene su puerto. El tráfico de sus muelles, poco tiene que envidiar al de los de las ciudades que bañan el mar.

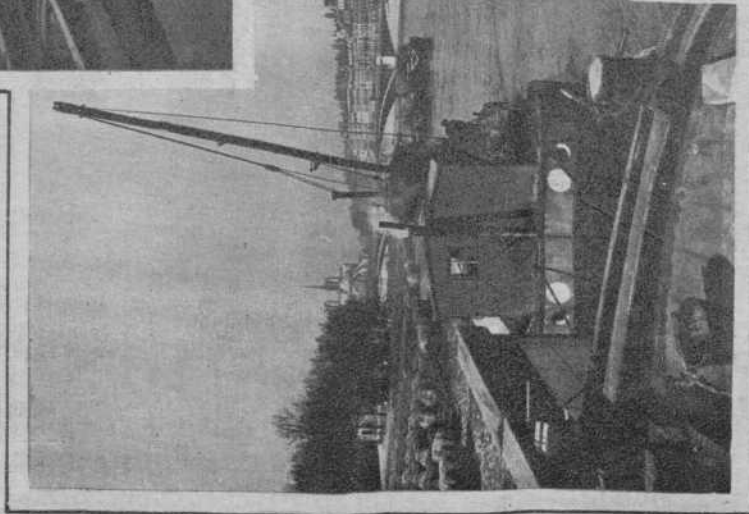
(Fotos Comorscio)



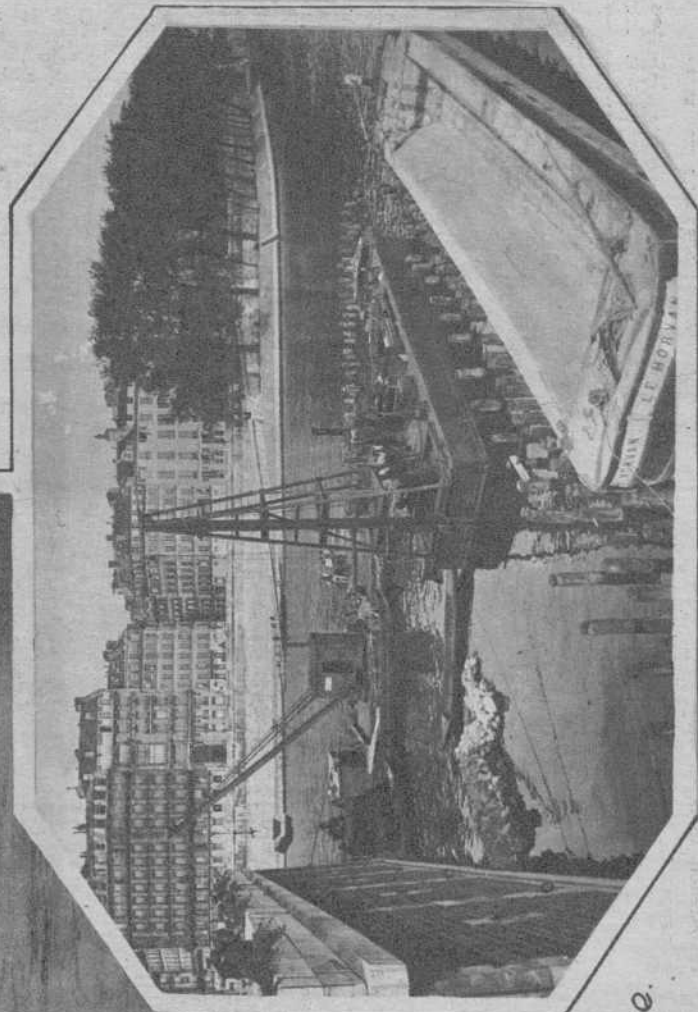
Los muelles de Bercy.



El canal de San Martín.



La isla de San Luis.

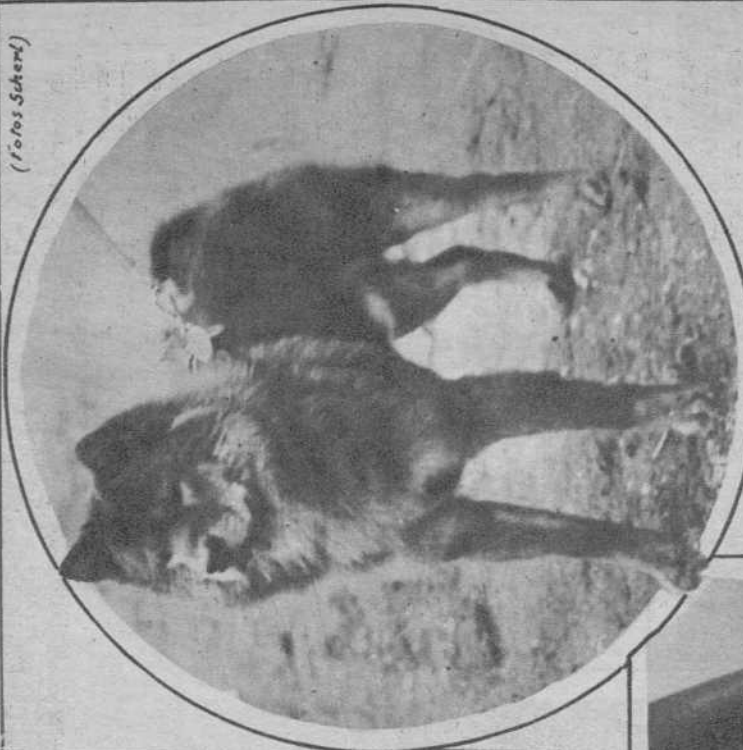


La dársena de Notre Dame.

AGENCIAS DE VIAJES Y TURISMO

Las bellas ejemplares de la Exposición Canina de Berlín, que han alcanzado fabulosos precios.

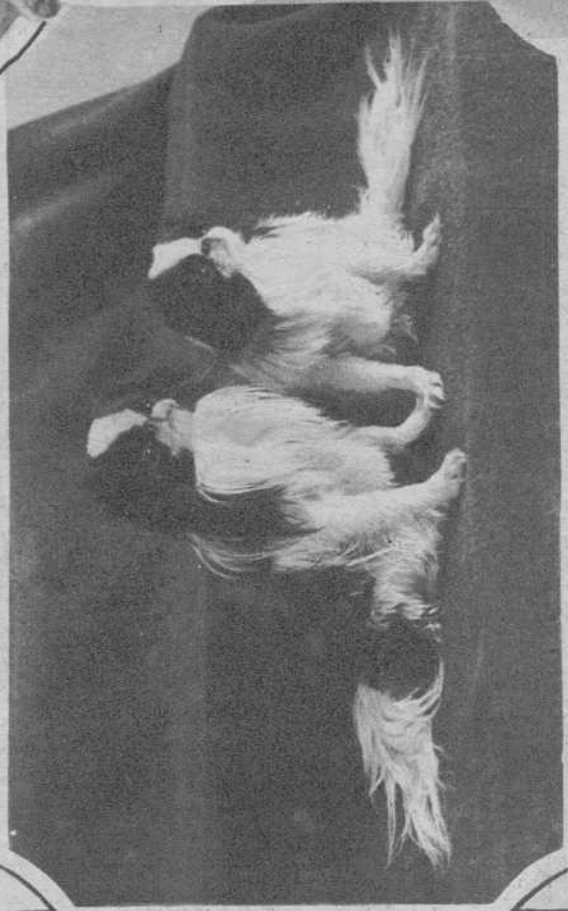
(Fotos Sikors)



Un pura raza alemana.



Un guardián con cara de pocos amigos.



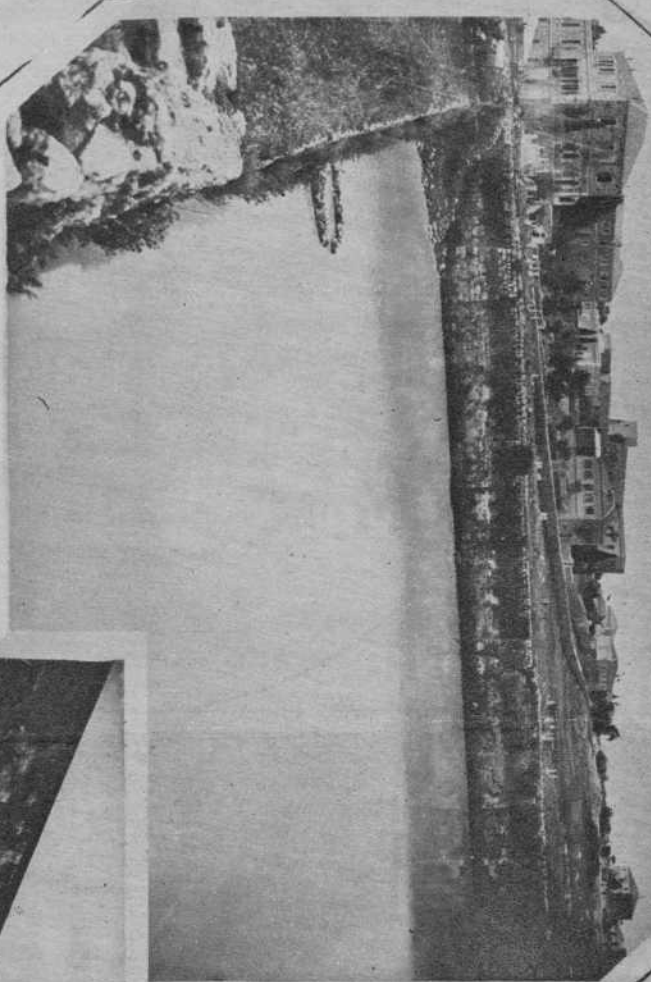
Dos japoneses de gran mérito.



Tres concursantes muy elogiados.



Un buen ejemplar de perro de aguas.

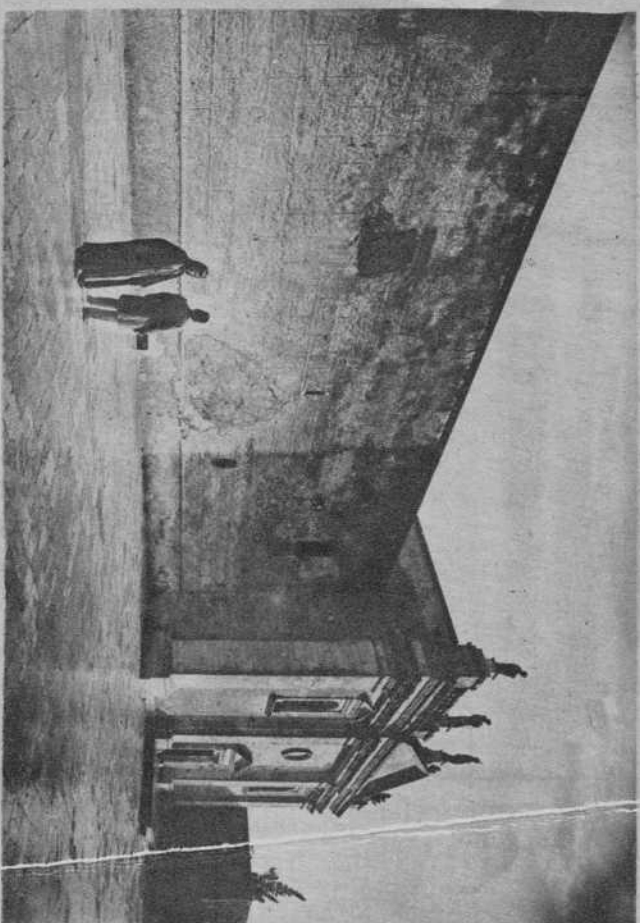


Birket Manouilla en Jerusalem.

LAS PROXIMIDADES DE LA SEMANA SANTA ATRAEN CADA AÑO A LAS SACRADAS TIERRAS DE PALESTINA, MILLARES DE TURISTAS Y DE CREYENTES. JERUSALEN Y NAZARETH, TEATRO DE LOS SANTOS MISTERIOS, CONSERVAN EL RECUERDO DE LA DIVINA EPOPEYA A TRAVES DE LOS SIGLOS Y DE LOS HOMBRES.



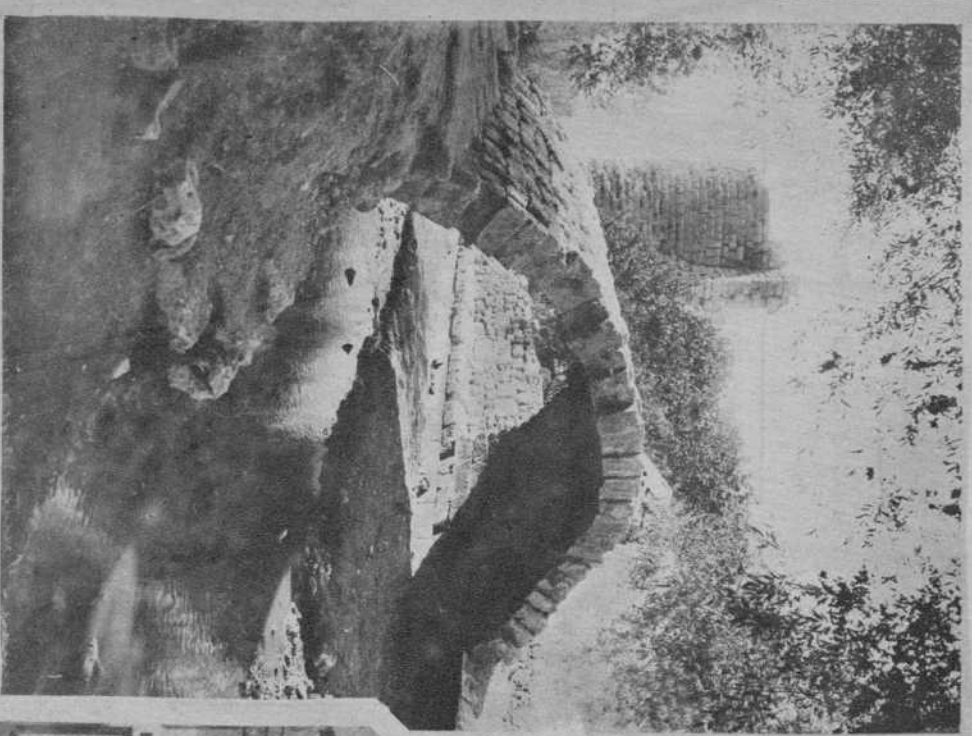
El valle de los Cedros en Sidon



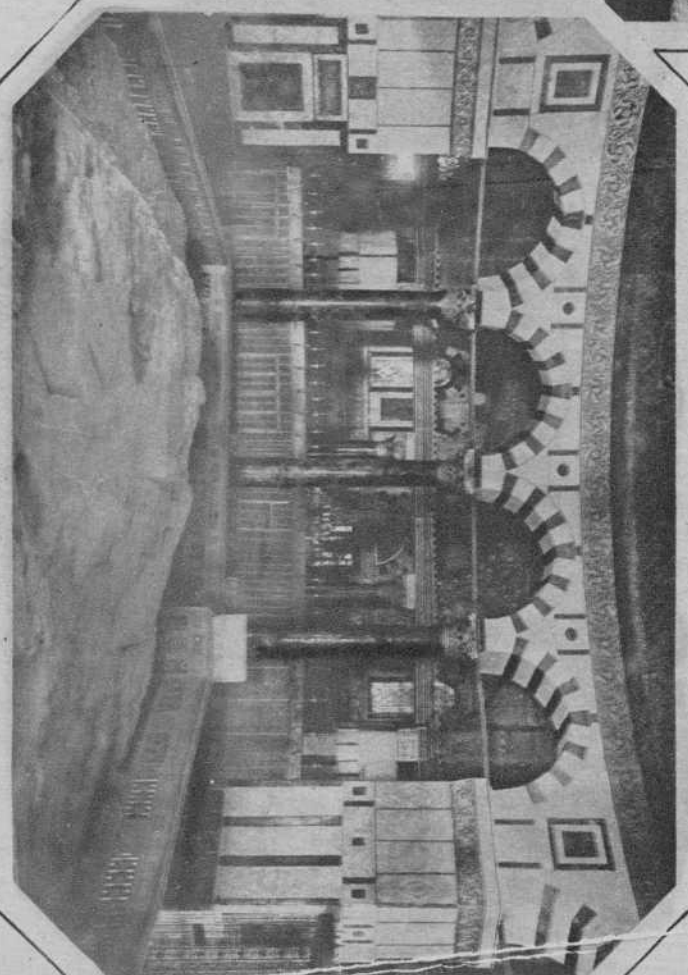
La iglesia de la Anunciación, en Nazareth



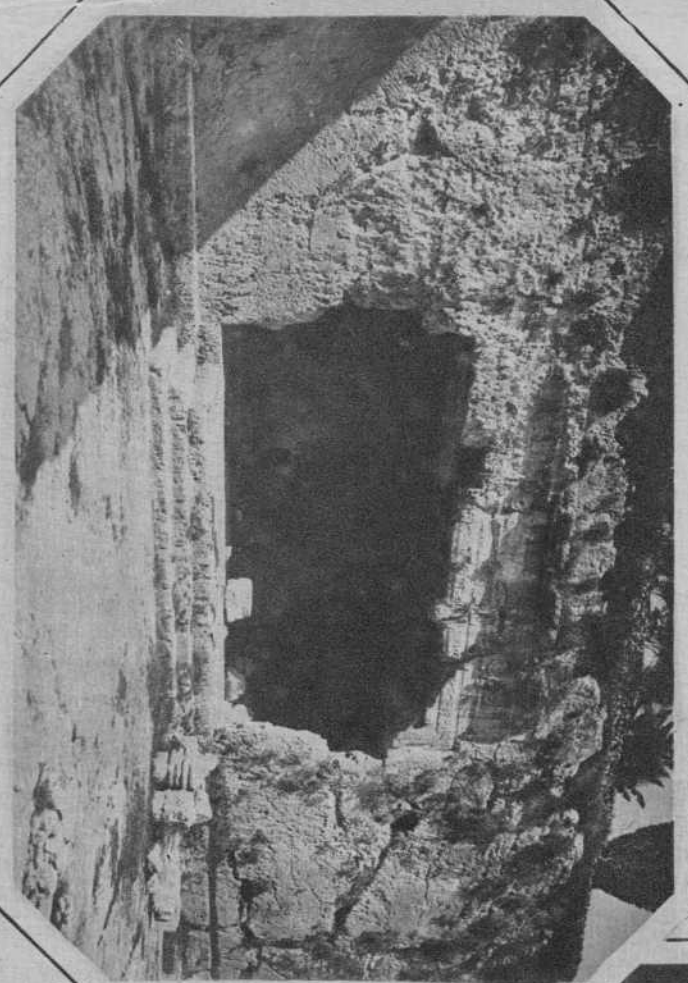
La cúpula de las rocas y la puerta del Sud, en Jerusalem.



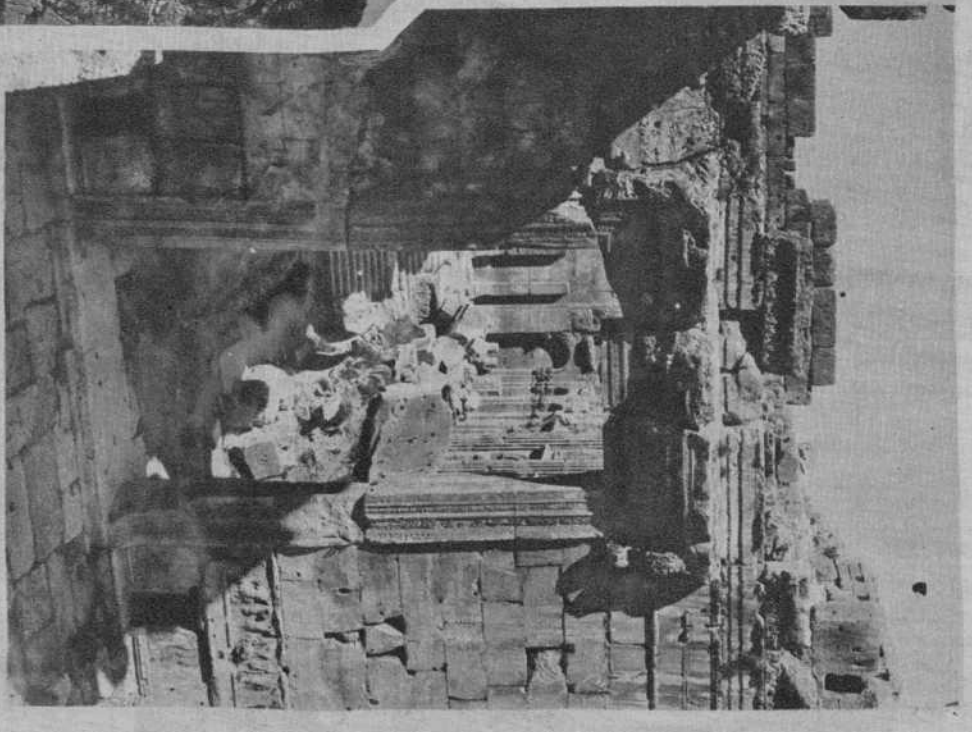
Fl acueducto romano de Anmar, junto a Jerusalem



La roca sagrada de la Mezquita de Omar

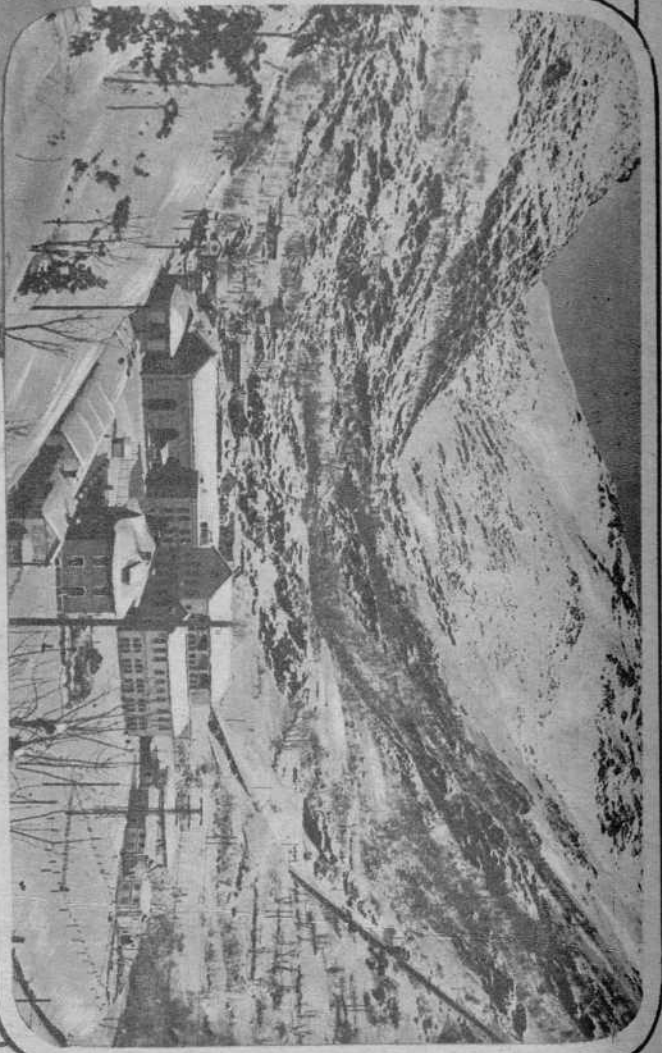


El sepulcro de los Reyes, en Jerusalem



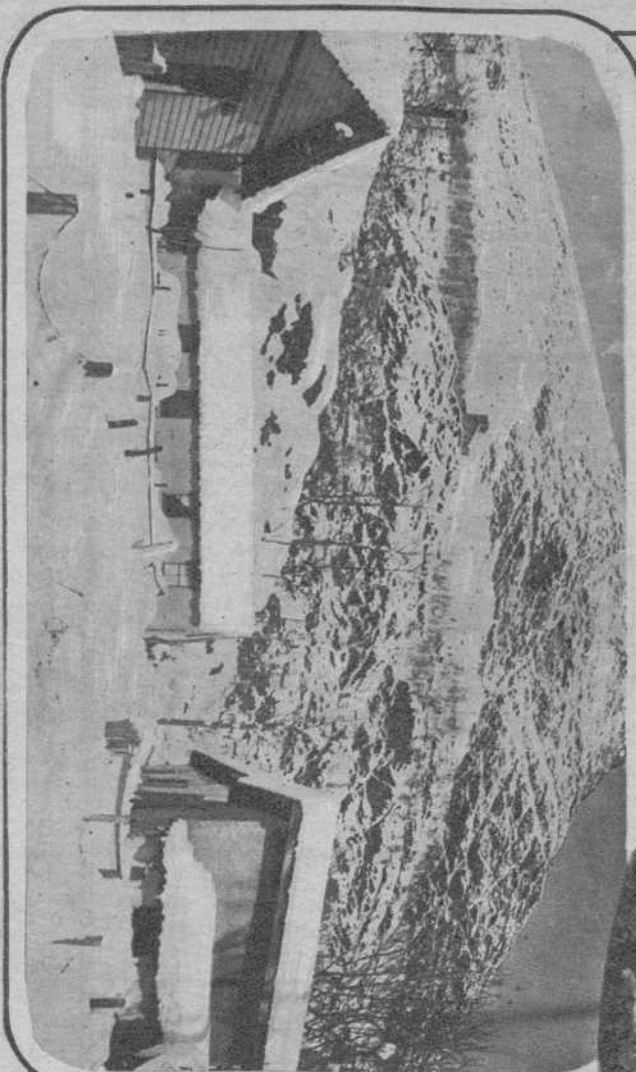
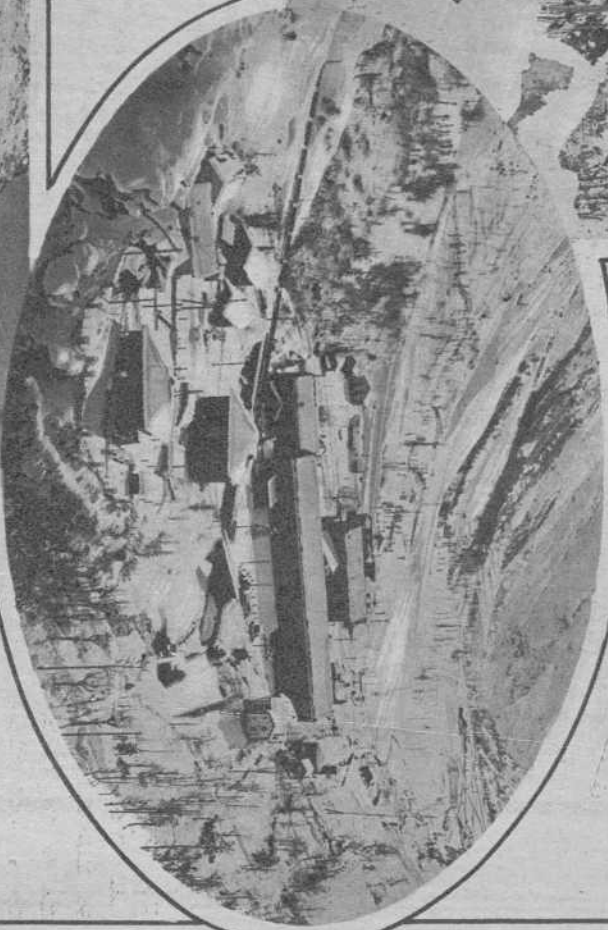
El templo de Ba'o de Ba'Alberk.

La comarca pirenaica de Capdella, cuando ya en las plañieves asoma la primavera, conserva aún sus nieves, ofreciendo paisajes de singular belleza.



Capdella entre la nieve.

Las nevadas interceptan los caminos, haciendo imposible el tránsito.

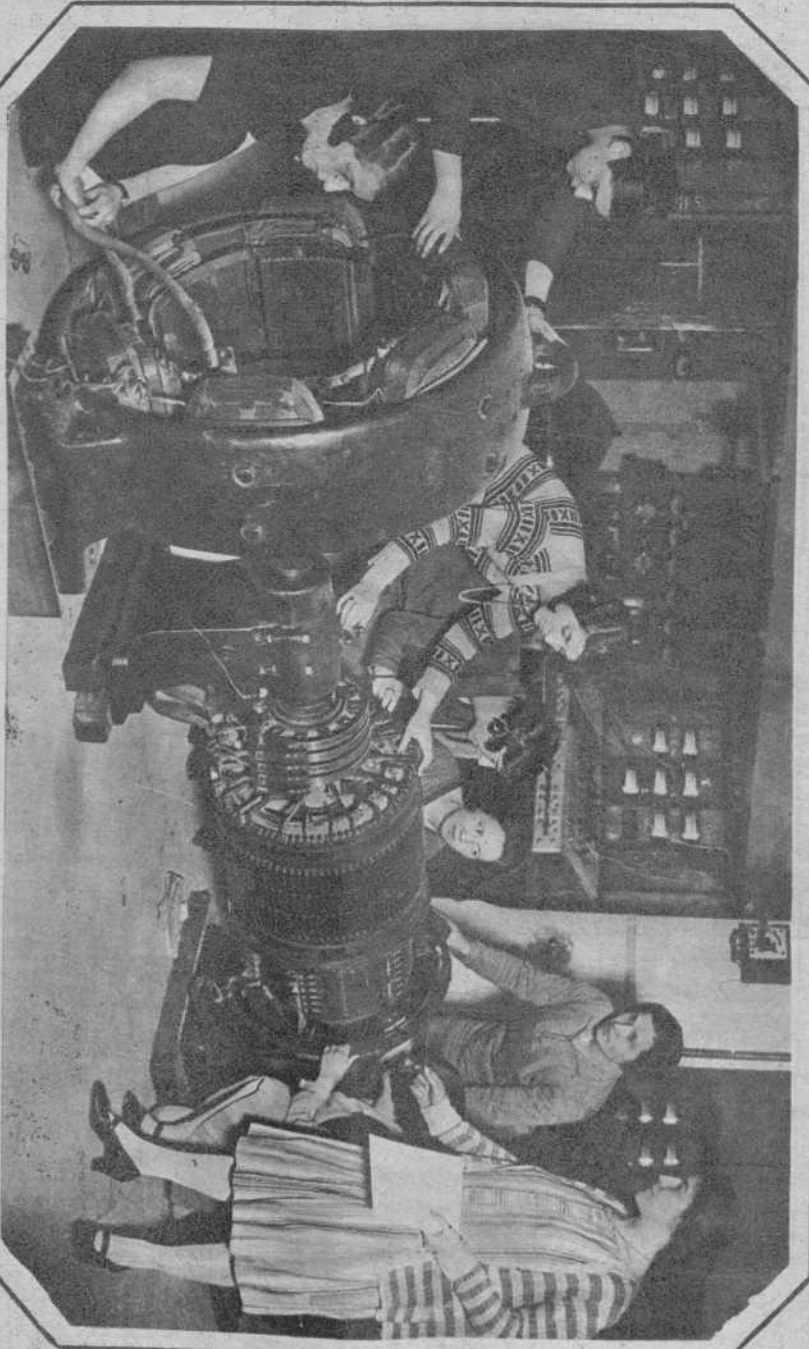


Sugestivo panorama del valle del Flammisell

El Hospital, rodeado de una capa de nieve de 82 centímetros.

(Foto: Piqué)

LA MUJER QUIERE COLABORAR CON EL HOMBRE EN LOS ALTOS ESTUDIOS TÉCNICOS. EN LA ESCUELA DE ARTES Y OFICIOS, DE PARÍS, SON EN GRAN NÚMERO LAS JOVENES QUE ESTUDIAN MECÁNICA APLICADA.



Descifrando los misterios de un motor británico.



Ante una complicada instalación eléctrica.

(Foto: Constantino)

estética. No pretenderá, seguramente, llevar melena o raya en el cogote, si esto está en desuso. Pero lo que realmente es preciso cambiar en absoluto, son los impulsos de su corazón. Es preciso asesinar todos sus gustos para hacer que retoquen otros nuevos, en cada generación. Hay una música, un arte y una literatura que es preciso abandonar, sin que esto produzca esfuerzo, duda o vacilación. A este precio, siempre se tienen veinte años.

Pero esto no es fácil. Y el que llega a las postimerias de su vida siguiendo la rita ordinaria, viejo se queda.

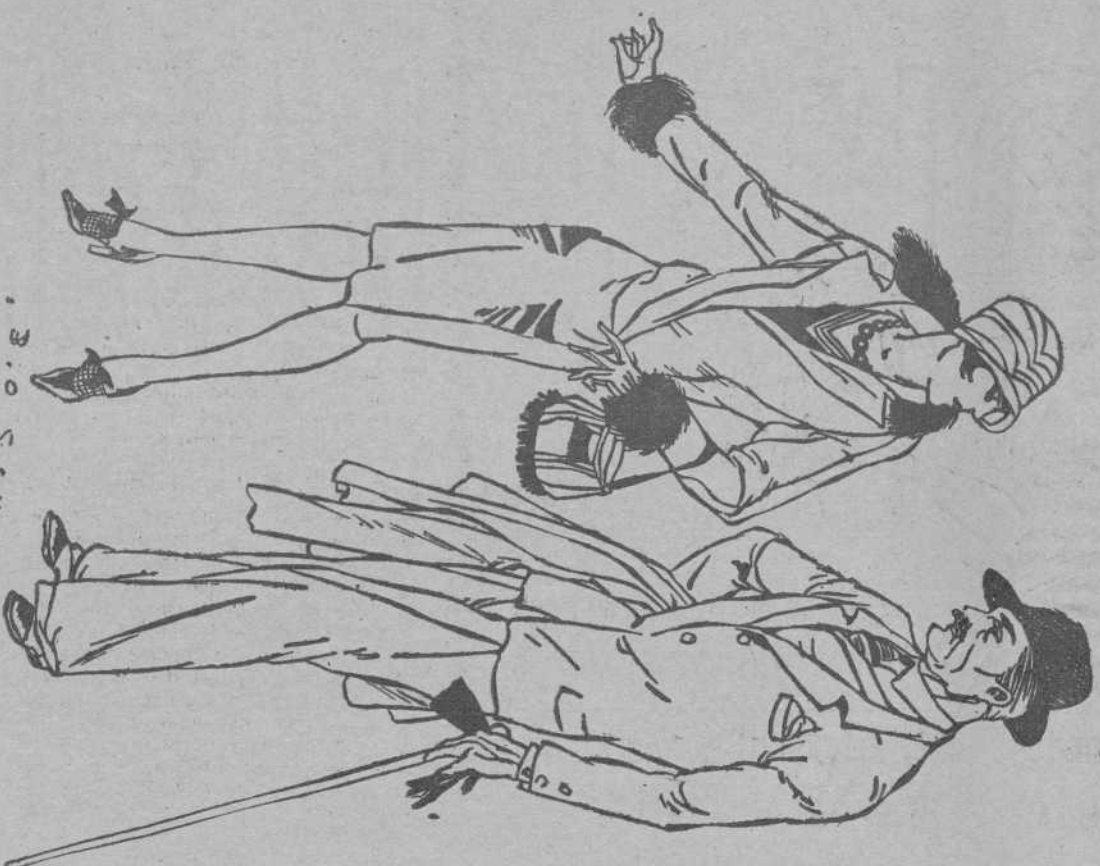
Esto no es todo. Hay también las mujeres, sobre todo, las mujeres. Para permanecer joven no es preciso amarras siempre, ni elegirías de la misma edad, ni amarlas de la misma manera. Esta, tal vez sea la dificultad mayor. Haber sido conducido, en otro tiempo, por un coche de alquiler y ahora ir a Londres en avión; haber atizado con las tenazas los ardententes y dispersos leños de una chimenea, y recibir el calor del rígido acordeón de los radiadores; aprrovecharse y servirse de pronto de un alto-parlante o de una cámara fotográfica; o mejor todavía, haber tenido seis criados deferentes y serviciales, y ciertos días en que la Agencia de colocaciones, no encuentra uno para enviarlos, tener que hacer funcionar el aspirador eléctrico; todo esto no es nada. Pero cambiar el modo de hacer el amor a las señoras!..

[Calculad! Mr. Chenove había conocido una época en la que no se aborrecía a una mujer sino era sombrero en mano; en que se les cedía galantemente el asiento en los ómnibus; en que se les robaba un guante; en que se tiraban las cortinillas de un fiacre para conceder un beso solamente, en un paseo por el Bosque de Bolonia; en que la mayor parte de las jóvenes se quedaban sorprendidas el día de su boda; en que uno se quedaba perplejo cuando veía, aunque fuera fugazmente, el nacimiento de unas pantorrillas... Todo eso no contaba ya. Había sido preciso cambiarlo radicalmente.

El lo había cambiado, no sin pena. Algunas veces, sin embargo, cuando aborrecía a una mujer en la calle—cosa que ocurría con frecuencia—lo hacía con una gracia desusada, que

parecía singularmente rara a la persona aborrida. Pero se había modernizado; seguía la corriente de los tiempos. Y, bebiendo «cock-tails», vestido como un jugador de cricket, afectado completamente, y galanteando según las normas modernas, Mr. Chenove era un joven de cincuenta y cinco años.

Un joven, que por añadidura, estaba casado, tenía un hijo dedicado a los negocios y una hija que ya era madre. Pero estas son cosas que no impiden acuerdos ni en nostalgias. Chenove, tuvo que traspasar la calle. Unas lindas piernas que también la atravesaban hicieron el resto. Y Chenove, volvió a sentirse joven otra vez. Eran dos bonitas piernas, efectivamente, cosa que no abunda. La moda actual mostrándola: generosamente, nos ha enseñado que las buenas piernas son más raras de lo que suponíamos. He aquí un A. He aquí una O. ¿Y las pantorrillas? Deformes, o dirigidas hacia fuera como una bola



a un señor de cincuenta y cinco años, ser joven. Pero no debe pensarse en el tiempo ya pasado. Por haberlo hecho, evocando en un rincón de una calle, la cuadrilla de unos lanceros bañados el año noventa, Chenove, se convirtió en viejo durante un minuto. Afortunadamente ya había empezado a pasar la calle, donde cien automóviles esperaban el gesto del agente para reemprender la marcha, y no era sitio muy adecuado para sumirse en re-

de algodón rota, o parecías a una boa en digestión. Pero las que veía Mr. Chenove eran firmes y armoniosas y decidió seguirlas. Ella atravesó la plaza de la Concordia y subió hacia los Campos Eliseos. Mr. Chenove la seguía a cierta distancia para contemplarla a gusto, viendo como terminaba en unos piecitos convenientemente divergentes, sin vacilar sobre sus talones, prueba de que la dama tenía su cuerpo perfectamente equilibrado, y que su al-



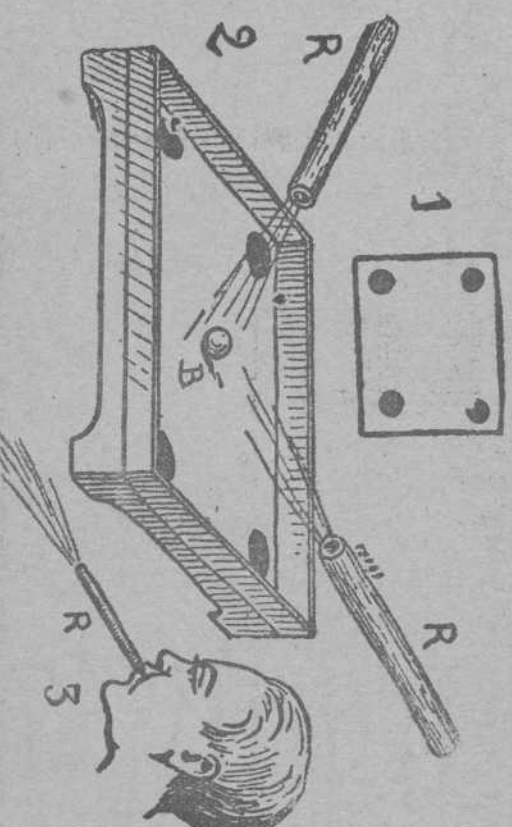
—Los elementos ¿cuáles son?
—Alte, agua, tierra, fuego y baile.
—¡Qué barbaridad! ¡En baile!
—Pues mi hermana dice que cuando va al baile, está en su elemento.

ROMPECABEZAS



La madre ha visto al ave de rapina y tiembla por sus pequetitos. ¿La veis vosotros?

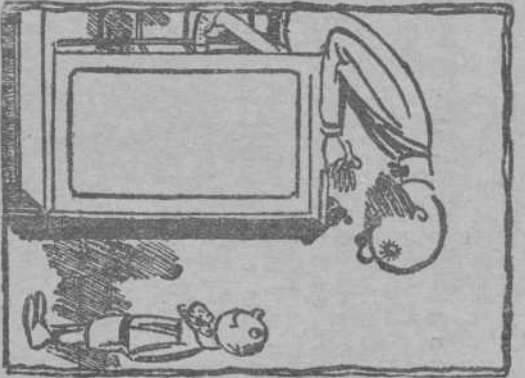
UN JUEGO SENCILLO



Dos canutos de caña, un cartón con cuatro agujeros, una bola de sauco y buenos pulmónes. He ahí el juego. El equid está en meter la bolita en los agujeros encamisados...

EL NIDO

¿Dónde vas zagal cruel?
¿Dónde vas con ese niño,
riendo tí, mientras plian
esos tristes pajarrillos.
Su madre los dejó solos
en este momento mismo
para buscartes sustento
y darselo con su pico...
Mirala cuan azorada
echa de menos sus hijos,
salta de un árbol a otro
va, torra, vuela sin thoy;
al cielo favor demandá
con acento dolorido,
mientras ellos en tu mano
batían el ala al dirla...
¡Tú también tuviste madre,
y la perdiste muy niño,
y te encontraste en la tierra
sin amparo y sin abrigo!...
Las lágrimas se le saltan
al cutido pastorcillo,
y avergonzado y confuso
deja en el árbol el niño.



—Fíjate bien: «Don Pablo va en el tren, El sujeto de la oración, aquí es don Pablo. Di ahora: cuál es el sujeto de esta oración: ¿Mi madre me quiere?»
—Don Pablo.

LA ESCRITURA EN LA FRENTE



Decid a un amigo que escriba su nombre tal como indica el grabado. Veréis cómo lo escribe al revés...